

IGLESIA VISIBLE E INVISIBLE

o: el método histórico-crítico y el sentido de fe de la Biblia.

La Iglesia se entiende como el acontecimiento continuo de la transmisión de la Palabra de Dios. La visibilidad de la Iglesia consiste en la existencia de su mensaje que como hecho histórico es accesible a todo el mundo. La invisibilidad de la Iglesia consiste en la verdad de su mensaje. Así de sencilla es la distinción entre Iglesia visible e invisible. La verdad del mensaje cristiano no es accesible sino a la fe misma y por ella misma, de la cual San Pablo afirma que no es posible sino “en el Espíritu Santo” (1 Cor 12:3).

“Palabra de Dios” no es sólo la Biblia sino toda transmisión de la fe que se funda en la Biblia. La Biblia es para hacer posible la “viva vox evangelii”: la voz viva del evangelio. Según el mensaje cristiano se trata plenamente de la “Palabra de Dios” en el sentido de la “viva vox evangelii” cuando una mamá transmite la fe a su hijo.

“Palabra de Dios” significaría: Dios nos habla en palabra humana. Dios nos da a conocer por esta palabra que hemos sido, y somos, creados *en el interior del amor eterno entre el Padre y el Hijo*. Así ya no viviremos, a pesar de nuestro ser vulnerables y sometidos a la muerte, bajo el poder del miedo por nuestra propia vida (cf. Hebr 2:15). Si este miedo nos domina, nos hace querer defendernos a cualquier precio y es así la raíz de toda inhumanidad. En la fe sabemos que ya ni siquiera la muerte podrá separarnos de nuestra comunión con Dios (cf. Rom 8:35ss).

Pero el concepto de “Palabra de Dios” no es evidente de manera banal y a primera vista según el esquema: “Dios es omnipotente, y así puede revelarse, y no existe ningún problema.”

Hay dos preguntas necesarias: ¿Quién es Dios? Y luego ¿Cómo es posible atribuirle a este Dios una palabra humana, si ya Dios mismo no cabe bajo ningún concepto? Son preguntas importantísimas que sin embargo casi todo el mundo evita hacerse. Por eso el mensaje cristiano muy raras veces se entiende de verdad. Todo su contenido consiste en querer dar una respuesta a estas dos cuestiones, y es precisamente por eso que el contenido del mensaje cristiano no se entiende sin ellas.

¿Quién es Dios? La tradición cristiana siempre ha dicho que Dios no entra en nuestros conceptos. Dios es más grande que todo lo que podemos concebir o pensar. Pero entonces, ¿cómo es posible hablar de Dios? El mensaje cristiano nos da una definición de Dios que salvaguarda su incomprendibilidad: Nuestro símbolo de fe define a Dios diciendo de él que *nosotros* somos creados. No comprendemos de Dios sino lo distinto de él que al mismo tiempo remite a él. No podemos hablar de Dios sino diciendo de nosotros que no existiríamos sin él. Dios es “sin quien nada existiría”. Decir que somos “creados de la nada” significa: En todo en lo cual nos distinguimos de la nada, es decir en toda nuestra realidad, en todo nuestro ser no somos sino al mismo tiempo “totalmente relacionados à ... / en total distinción de ...”. ¿A qué nos relacionamos así? A una realidad de la cual sólo podemos conocer nuestra dependencia total de ella: Ser creados de la nada

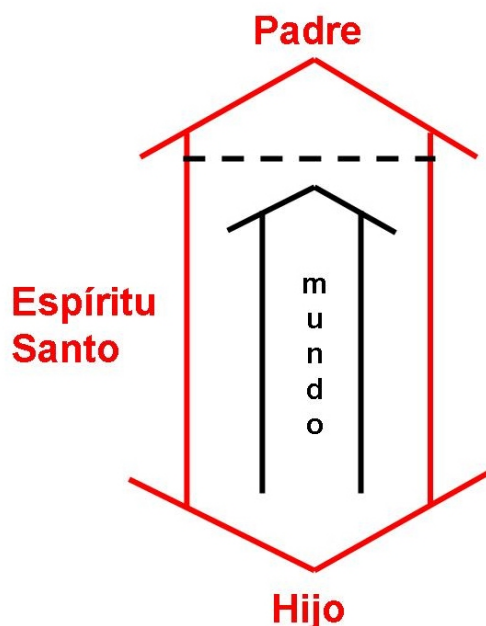


eso decir que somos creados no es una explicación del mundo al lado de otras posibles, sino hasta el puro azar no podría existir sin ser creado. Tampoco la evolución podría darse sin ser creada. Que somos creados no contradice ninguna ciencia natural; más bien tampoco las mismas ciencias naturales pueden existir sino como creadas. Este concepto bíblico de nuestro “ser creados de la nada” es bien mucho más radical que la idea tan acostumbrada a casi todo el mundo (y falsa) de alguna “fabricación” por parte de algún “Dios” preconcebido por nosotros.

Que somos creados no es un enunciado de fe sino de *razón*. Nuestro ser creados no es creído sino se puede probar: Todo lo que existe en el mundo siempre es unión de opuestos. Todo lo que está sujeto al cambio es unión de identidad y no-identidad. Todo lo finito es unión entre ser y no-ser. Y eso sólo se puede explicar sin contradicción lógica diciendo que es al mismo tiempo “totalmente relacionado a ...” (y por eso es identidad y ser) / en “total distinción de ...” (y por eso su identidad y su ser pueden ser penetrados por no-identidad y no ser). Pues hace falta poder indicar, para describir una unión de opuestos, dos aspectos diferentes entre sí y sin embargo no exclusivos entre sí, y estos dos aspectos sólo se encuentran diciendo que somos “totalmente relacionados a ... / en total distinción de ...”. El término de esta relación a la cual nos identificamos totalmente lo llamamos “Dios”. No sabemos primero quién es Dios para luego decir que somos creados por él; sino la única manera de conocer a Dios consiste en reconocer primero nuestro propio ser creados en este sentido de ser “totalmente relacionados a ... / en total distinción de ...”. Así el mundo no se explica por Dios (como si Dios fuese parte de algún sistema englobante) sino por su propio ser creado. Eso no es lo mismo.

Esta explicación de la prueba de nuestro ser creados puede parecer muy abstracta y difícil de entender; pero en muchos años nunca he encontrado una objeción válida contra ella, una objeción a la cual no haya respuesta.

Sin embargo, si Dios es más grande que todo lo que podemos pensar, ¿cómo es posible entonces atribuirle una palabra humana? Ser creado, de suyo, es una relación absolutamente unilateral hacia Dios. Pero que Dios nos hable debería ser una relación de Dios hacia nosotros. Y como toda relación es constituida por su término, ¿no significaría eso un cambio en Dios cuando comienza a relacionarse con nosotros? ¿No dependería Dios de nosotros en esta relación en cuanto es una relación hacia nosotros? Pero eso sería, en último análisis, negar nuestro ser creados de la nada. Seríamos además el término constitutivo de una relación de Dios hacia nosotros.

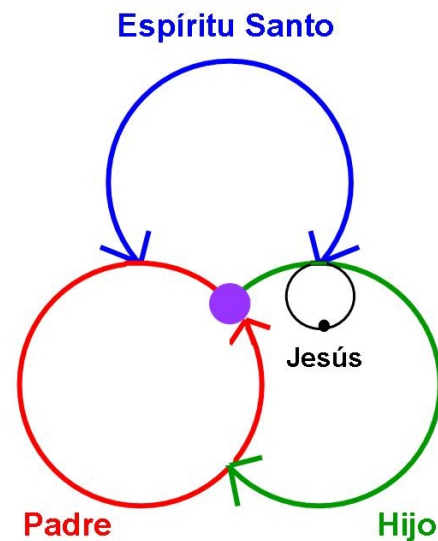


El mensaje cristiano nos dice que en realidad somos asumidos en una relación de Dios para con Dios, en el amor entre el Padre y el Hijo. Este amor nos preexiste. Los cristianos somos bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Eso significa que nos sabemos amados por Dios con este mismo amor, con que él ama a su propio Hijo desde toda la eternidad. Este amor, él mismo siendo Dios, es el Espíritu Santo. Dios no tiene otro amor sino este amor eterno e infinito e incondicional.

Las tres personas de Dios son tres autopresencias de la misma realidad divina.

Pero ¿cómo podemos conocer este amor? No tiene su medida en nada creado. Por eso no es posible “leerlo” en las cosas del mundo. El men-

saje cristiano nos dice que el Hijo se hizo hombre, y así nos puede decir en palabra humana que somos asumidos en el amor eterno del Padre hacia él, su propio Hijo desde toda la eternidad. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, “sin mezcla ni separación”. Su naturaleza humana es creada, y por eso distinta (= “sin mezcla”) de su ser divino, y sin embargo es asumida en la segunda autopresencia del ser divino (= “sin separación”). Su autopresencia humana queda asumida en una autopresencia divina. La autopresencia divina que es el Hijo es la relación del ser divino consigo mismo en la que la autopresencia humana de Jesús queda asumida; el término constitutivo de esta relación no es la humanidad de Jesús sino el ser divino. Esta autopresencia divina ahora es la “persona” de Jesús, su última subsistencia. *Crear en Jesucristo como Hijo de Dios es lo mismo que, sobre su palabra, saberse amado por el Padre con el amor eterno que existe entre el Padre y el Hijo.* En ningún otro sentido se puede hablar de la filiación divina de Jesús.



El Hijo se hizo hombre para hacer posible la “Palabra de Dios” como palabra humana. Recibir esta palabra como verdadera es lo mismo que estar lleno del Espíritu Santo.

Es éste el sentido de las Escrituras: nosotros participamos en la relación de Jesús con el Padre, que es una relación eterna entre el Padre y el Hijo. Esta relación es el Espíritu Santo, y por eso Jesús se llama “el Cristo”, el Ungido por el Espíritu. Nosotros nos llamamos “cristianos” porque el Espíritu Santo es el mismo en Cristo y en nosotros (cf. Lumen gentium, n. 7,7).

El método histórico-crítico consiste en constatar lo que las Escrituras dicen de verdad, y protegerse de todo malentendido, o de toda auto-decepción, en cuanto a su contenido. Pero este método sólo nos dice lo que las Escrituras *pretenden* como verdadero. El sentido de *fe* de las Escrituras no es algo enigmático (como hasta algunos grandes teólogos parecen imaginárselo) junto a lo que constatamos como su contenido por el método histórico-crítico, sino que consiste en *recibir como verdadero* precisamente este mismo contenido. Las Escrituras no pueden ser “Palabra de Dios” sino en el sentido de nuestra participación en la relación de Jesús al Padre, la relación entre el Padre y el Hijo. Todo lo distinto de esta autocomunicación divina es objeto de razón. Objeto de fe no puede ser sino nuestra comunión con Dios: que somos amados por un amor eterno e infinito. No puede ser ni algo más ni algo menos.

Fe y razón así no se distinguen sólo en su manera de conocer, sino también en su objeto (Vaticano I, DS 3015). Un objeto de fe nunca puede cambiarse en un objeto de razón, y viceversa.

Porque nuestra fe consiste en nuestra comunión con Dios, la vida cristiana es gratitud: “eucaristía”. Y el amor al prójimo es el fruto de esta fe en la cual nos reconocemos a nosotros mismos como ya amados por Dios con el amor eterno entre el Padre y el Hijo. La fe cristiana no tiene otro contenido.

Cf.: <http://www.jesuiten.org/peter.knauer/glaubens10sp.pdf> : Confesión de fe para nuestro tiempo (1 página); <http://www.jesuiten.org/peter.knauer/54.html> : Breve introducción a la fe cristiana (20 páginas); <http://www.jesuiten.org/peter.knauer/33.html> : Teología fundamental hermenéutica (22 páginas); <http://www.jesuiten.org/peter.knauer/pcnf.pdf> : Para comprender nuestra fe (135 páginas).